

671.559

Sijo

Crónica Literaria

Por ALONE

Al Margen de "Nuestra Inferioridad Económica", por don Francisco Encina (II).

Dirigían los primeros burgueses a los aristócratas las mismas injurias que ahora reciben ellos del proletariado, como también sus amenazas, que la Revolución Francesa cumplió, lo mismo que la Revolución Rusa, ciento y tantos años después.

¿Quiénes profetizarán esos insultos y realizarán esas ejecuciones en el porvenir?

La causa que los impulsó la tenemos presente en casa y nos permite preverlo.

Una de sus últimas expresiones, entre mil acacia de formularla el Ejecutivo en su proyecto de nivelar y uniformar nuestra enseñanza. Tranquilamente, como una verdad que ya no se discute, anuncia el propósito de que los futuros maestros hagan desaparecer entre sus alumnos las "odiosas categorías" con sus consecuencias de desvíos de rentas y de status.

O sea, el viejo ensueño de la igualdad.

Todavía no advierten que esas "odiosas categorías" no las crea el orden social, sino la naturaleza de los individuos, su carácter, sus aptitudes, su talento o su falta de talento. Tampoco saben que esas categorías son más odiosas y engendran peores rivalidades y luchas entre los individuos dentro de la misma clase, en el mismo partido que las desean suprimir.

O sea, que esas categorías existirán mientras haya individuos y mientras haya diferencias.

Es que no todas poseen el don de percibir la realidad, ese don es lo que vuelve sorprendente hasta ser alucinante el libro de Encina que comentamos hace poco y cada uno de cuyos capítulos merecería comentarios.

Como Portales, su héroe, el autor de "Nuestra Inferioridad Económica" sabía ver; las teorías no le vendaban los ojos.

Tómese el capítulo II de su reciente edición, pág. 196 y dígame si su visión poca de unilateral.

Se ha referido a la crisis de 1960 que inició el descenso de Chile en Sudamérica, donde ocupaba el primer puesto como país organizado, el mismo que nadie le disputa ahora como desorganizado.

Toca un punto neurálgico:

"Sin desconocer... la acción civilizadora de la ciudad — escribe, pag. 200 — si las ventajas que la concentración tiene para nuestro futuro desarrollo fabril, el éxodo de la población rural, que se hizo muy sensible después de 1960, perturbó nuestro progreso agrícola. El ausentismo trajo por consecuencia el abandono de muchos predios confiados a manos ineptas y el desperdicio del tiempo en los campos, sin compensación, por lo menos inmediata, en otras ramas de la actividad. Porque, como también lo hice notar, la falta de industrias fabriles y el desperdicio por el comercio, impidieron que los patrones y sus hijos agrupados en la ciudad, especializaran para su actividad empleo compatible con su nueva vida".

Pese a las riquezas del salitre, enervadoras, y que abren otro capítulo trascendental, se cultivaron campos, hubo industrias y se desarrolló el comercio. Sería demasiado largo insinuar siquiera el influjo, bueno y malo, estimulante y deprimente, de los extranjeros más aptos, mejor preparados, hijos de una cultura superior, en esas y otras actividades.

Nadie, por lo demás, la ignora.

Lo más interesante hoy es la reacción gubernativa ante el problema que revela el proyecto de nivelar la educación con un propósito fundamental: suprimir las "odiosas categorías".

Evidentemente no ven ni oyen la fuga de cerebros, el escarparse los profesionales idóneos, de los técnicos capaces, no calculan el desaliento de los agricultores que producían y de los comerciantes que distribuían sus productos, como tampoco la quiebra de las industrias estatizadas en manos de interventores que son, prácticamente, empresarios de una demolición.

Eso no existe. Ellos mismos propocionan las estadísticas del caso. No las leen, no las cuentan. Están demasiado atentos a otra cuestión: la desaparición de "las odiosas categorías", que todos por parejo, hábiles e inhábiles, honrados y ladrones, ociosos y laboriosos, creadores y parásitos, gozan los justos beneficios de la igualdad, de la uniformidad, y garantía de reposo en la nada.

Tampoco la nada los preocupa.

Al contrario. "Remover las estructuras profundas para empezar por cero" en una intención que se expone tiempo atrás con general beneplácito.

El proyecto de concentración obligatoria, drástica y masiva, mediante los programas de enseñanza, parte de ahí, espera conseguirlo y, si se aprueba, lo conseguirán.

La marcha cuesta abajo resulta fácil y, cuando persigue un fin ilusorio, es alegre y rápida. El primer paso se dio hace tiempo. Ahora rueda con la ola inflacionaria, llena de viento.

Volvamos a Encina.

"La turba de empleados públicos y de intermediarios inútiles y la espesa nube de bachilleres o ex-bachilleres ineptos y ociosos, que en forma disimulada (hoy hasta el estímulo desapareció), pero no por eso menos efectiva, pesan sobre las espaldas de los hombres de trabajo (que dirán ahora esas espaldas de 1917?), tienen fatalmente que contrariar el desarrollo de un pueblo joven con el cual la naturaleza sólo fue prodiga en aquellos écores que, para ser fecundos, requieren una gran suma de esfuerzo humano".

Esto último, la necesidad de trabajar, de producir, la batalla de la producción, etc., suena a palabras conocidas, a discursos admonitorios, paternalistas, son consejos a la masa obrera dirigidos por los mismos que, previamente, les aconsejaron declararse en huelga, apoderarse de las fábricas, tomarse los fondos, no obedecer a los explotadores que les pagan un salario de hambre, broma cruel de quienes ahora están empeñados en racionar el pan, la carne, la leche, hasta el vino.

Pero lo que pasa ya los límites de la comedia es, pag. 208, la lectura del decálogo que levantó de su prostración a Alemania "alzándose hasta el esplendor económico y social que hoy alcanza".

No olvidemos la fecha: el libro de Encina data de 1941.

El quinto mandamiento de ese Decálogo eminentemente nacionalista, que no habla de expropiaciones sin indemnización, dispone:

"No dejes nunca servir a tu mesa carne y grasa extranjeras, que harían agravio a la criatura alemana y, además, comprometerían tu salud, porque las carnes extranjeras no han sido visitadas por la policía sanitaria alemana".

Salvo este escrúpulo, que mueve a reír, el resto no tiene desperdicio. Calcúlese la perplejidad de las cocineras si al desbastecimiento nacional se sumara el internacional, el fondo de las ollas varías divisará la imagen de los cerebros vacíos.

Varias de cualquier percepción inmediata de los hechos, pero llenas de teorías y no desprovistas de ciertas provisiones casi milagrosas; por ejemplo, antenchar nuestra capacidad porfiriana para importar el trigo que no tenemos con dólares que tampoco tenemos.

Crónica literaria [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile